

Un diseño artesanal

Escribe: MARIO RIVERO

A fuerza de mimetismo y transgresiones, (en que la dialéctica amo-esclavo puede aún establecerse) la pintura, en América, paga su cuota en monotonía, en olvido, en fatalidad común: cambia de gesto, de actitud, sin ser capaz de superar, en realidad de verdad, su crisis de adolescencia y consumir el parricidio.

Pero de un tiempo a esta parte, claramente en vísperas de una posible autonomía, de un posible rescate, va también como puede (trampeando un poco quizás), a entrar en el juego de los nuevos lenguajes: los ancestros, lo telúrico, lo ritual y lo mágico, se traen y se llevan a la zaga de tres o cuatro nombres que todo el mundo sabe, pero descendiéndolos como por inercia a un slogan a una "pinturita"; la palabra es mejicana y me viene así, capaz de circulación, gráfica, para mucho nacionalismo y mucho culto aborígen.

Pero hay otra tendencia más depurada, que es a la que quiero referirme, en que la pintura sí continúa su voluntad de inquisición, planteando un enraizamiento, una presencia, un ajuste cultural, que absorbe y define, dentro de las últimas pautas formales, una actitud continental más profunda: pasión y lenguaje, rigor y maravilla, como ensamblaje estético, como punto de encuentro de todas las fuerzas para una **operación mágica**: una estructura que pone de relieve, de un modo sorprendente, lo que es propiamente la semilla de todas estas formas, promovidas por la plástica y últimamente también por la narrativa, y que no es otra cosa que América: imágenes, símbolos, sobreentendidos, metáfora en fin de una tierra reprimida y lujuriosa —donde la lluvia es depresión y el verano es fiebre— de una tierra que inventan, con un aire polémico y revisionista pintores y literatos (si se salva el término que ha pasado a ser peyorativo) con un poco de pretensión sociológica, claro está, pero ante todo como hallazgo de formas, de "escritura" en fin...

Desde esta perspectiva trabaja Armando Villegas; amarrándose a la paleta la cinta de llanto de América, un poco como Vallejo (guardadas proporciones), peruano también él, y poeta y de los grandes. Su mismo cordón criollo, parecidos valores concebidos en la austeridad, aunque sin su aullido metafísico, sin su rabia al rojo-blanco. Mas que un expresionista abstracto (como dicen los americanos) Villegas es un expresionista lírico como dicen los españoles.

El mito, la superstición, la memoria, mejor dicho los pasados, alimentan todas sus obras, de ningún modo dijese acucillados, ni esos cholos Guayasaminos, de yodo, que tienen más de aburridos que de misteriosos; porque no se trata de lo externo, sino de un ritual más intenso: el lenguaje como significación consciente, como sobredeterminación del mensaje, configurando así esa fuerza catártica, ese valor ético, que comienza hoy a considerarse como elemento fundamental del arte y que aquí y allá llena de premoniciones muy graves a la pintura.

Hacía mucho que Villegas no exponía; creo que hizo una siesta de cinco o seis años. Se había marginado voluntariamente de la "maffia", de la oligarquía artística, a la que sin duda pertenece; en la inteligencia de que esta definición agrupa una liturgia para la que no existe texto y en la que al final sumando todo, los retrocesos, los recursos mal aprovechados, las repeticiones y aún los fracasos, los resultados son netos: y el caso es que Villegas me resulta siempre un pintor; no hay pérdida ni mucho menos; hay un aura que no deja naufragar el esfuerzo, que intriga y que permite preguntarse: ¿y qué sigue ahora? Porque el secreto de un artista, el secreto para que nazca el monstruo sagrado, es que no se fijen nunca sus límites, que no cumpla una receta predeterminada, que lo autoanule y lo lleve a un punto ciego.

Villegas comienza a pintar por el yo, por la soledad, a base de formas anacrónicas y renovadoras, que exigen un constante ajuste. Con procesos que no son gratuitos, sino articulados, vivos, concomitantes. Y hay un designio artesanal, manso si se quiere (la asimilación tal vez de lo que resta de una cultura ancestral) que le da su ambigüedad, su apertura, americanizando profundamente lo abstracto, lo informal que hoy se ha convertido en fuente de orientaciones, ideas y posiciones. Villegas, se enfrenta pues a sus materiales, como un artesano, un orfebre casi, empastando, arañando veladuras (casi espontáneas) engastando colores como piedras preciosas, de fuegos apagados y luces lentas, interiores... y la palabra artesanía (gente de buen martillazo, que da en el clavo) no debe parecer desdichada, en un momento de clasificación superenfática, de publicidad superinflada, entre el bla-bla-bla de los *happenings* y de las técnicas experimentales, en pintura, en cine, en literatura, en todo; técnicas muy libres, "para interrogar lo dado y ponerlo en discusión", como dicen los manuales, técnicas a veces estupendas y a veces indiferentes.

En cuanto a Villegas claro está que se mantiene en onda, receptivo, porque de otro modo su testimonio no tendría validez, ni para mí, ni para ningún otro hombre que se situó en "el aquí y el ahora"; pero su vida imaginativa, su mundo, para decirlo en jerga plástica, no necesita autoexhibiciones ni desvaríos, para crecer, para transformarse, para llamar la atención. Honestamente entonces, vuelve por los fueros de lo suyo, lo autóctono, lo verdadero: "y bueno soy peruano" (es como si dijera), y frente a sus cuadros empieza uno a pensar en príncipes displicentes y en terrazas derrumbadas (una deidad de barro caída del olimpo), en pequeños coágulos fluorescentes agujereando la noche (la pasta rojoleche de donde nacen las lunas) y en esos nombres a tropezones que hay que leer dos y tres veces (que afortunadamente Villegas no puso) y en toda esa irrealidad y esas búsquedas, que no me es fácil explicar, dentro de sus virtudes de atmósfera, de ritmo y de belleza plásticas.